

**El coronavirus al servicio del capitalismo: catorce operaciones políticas de la pandemia en la subjetividad**

**The coronavirus at the service of capitalism: fourteen political operations of the pandemic in subjectivity**

*David Pavón-Cuéllar*

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo  
Morelia, México

**Resumen:** este artículo detecta catorce operaciones políticas de la pandemia que inciden en la subjetividad y que resultan favorables al sistema capitalista. Cada apartado examina parejas de operaciones estrechamente ligadas entre sí: la intimidación y el avance de la proletarianización, la subsunción en el capital y su justificación por el peligro de muerte, la desvinculación y la desmovilización de la sociedad, la mayor exclusión política y el mantenimiento de la explotación económica, la procrastinación típicamente neurótica y la resultante subjetivación acorde con el capitalismo, la distracción con respecto al capital y la reconciliación con él, la despolitización tecnocrática y la desubjetivación en la ciencia. El artículo muestra, por un lado, que estas operaciones tienen un carácter parcialmente irreversible, pero también, por otro lado, que siempre hay algo en el sujeto que resiste contra ellas.

**Palabras clave:** coronavirus, pandemia, subjetividad, capitalismo, política.

**Abstract:** This article detects fourteen political operations of the pandemic that affect subjectivity and that are favorable to the capitalist system. Each section examines pairs of operations closely linked to each other: intimidation and the advance of proletarianization, subsumption into capital and its justification by the danger of death, the disengagement and demobilization of society, the greater political exclusion and maintenance of economic exploitation, typically neurotic procrastination and the resulting subjectivation according to capitalism, the distraction regarding capital and reconciliation with it, technocratic depoliticization and de-subjectification in science. The article shows, on the one hand, that these operations have a partially irreversible character, but also, on the other hand, that there is always something in the subject that resists against them.

**Keywords:** Coronavirus, Pandemic, Subjectivity, Capitalism, Politics.

## **1. Introducción**

El coronavirus es un simple agente infeccioso microscópico. Sin embargo, desde su aparición en 2019 ha tenido efectos políticos decisivos. Algunos de estos efectos, como los que aquí examinaremos, se traducen en operaciones que inciden en la subjetividad y que resultan favorables de un modo u otro al sistema capitalista.

Como veremos en las siguientes páginas, los sujetos intimidados por el coronavirus han cedido ante nuevas formas de proletarización y subsunción en el capitalismo. El COVID le ha servido al capital para justificarse ante los sujetos, mientras que a ellos los ha llevado a desvincularse y desmovilizarse en sus luchas. Todo esto ha acentuado cierta exclusión política de los sujetos que no ha impedido que prosiga su explotación económica.

El confinamiento ha hecho que diversas luchas sean procrastinadas, pero esta procrastinación envuelve una subjetivación particular, una constitución de sujetos resignados y así adaptados a su dominación. Estos sujetos aceptan ser dominados mientras esperan pacientemente su liberación. Entretanto, se dejan distraer por una catástrofe como la pandemia, distrayéndose así del capitalismo que está devastando al planeta, lo que puede llevar incluso a una reconciliación con el capital en aras de la unidad humana contra el coronavirus. Al llegar a este punto, los sujetos han sido ya despolitizados y desubjetivados hasta el punto de poder convertirse en los objetos de los tecnócratas, de los científicos, de los médicos y epidemiólogos.

## **2. Intimidación y proletarización**

Como cualquier patógeno potencialmente mortal, el coronavirus nos intimida, nos atemoriza, nos hace temer la muerte. El problema es que el miedo a morir puede a veces hacernos aceptar cualquier cosa. Todo parece justificarse cuando se trata de preservar nuestras vidas.

Nuestro afán de seguir viviendo nos ha llevado a obedecer las más estrictas medidas de confinamiento y distanciamiento social. Hemos renunciado a experiencias que le daban sentido a nuestras vidas, que nos hacían sentirnos vivos, como abrazos, miradas, fiestas, viajes, encuentros familiares, contactos vecinales, trabajos comunitarios, ceremonias religiosas, ritos funerarios, citas amorosas, eventos artísticos, acciones multitudinarias, militancias y activismos, clases presenciales, charlas con amigos y visitas a museos o monumentos. Hay que entender que estas experiencias y muchas otras eran la vida misma. Hemos renunciado a una gran parte de nuestra vida para estar seguros de mantenernos con vida.

El coronavirus hizo que la supervivencia ganara terreno sobre la vida misma. En el período pandémico, hemos vivido principalmente para sobrevivir, como si éste fuera el fin supremo de nuestras vidas y de todo aquello que las distingue de una simple supervivencia orgánica. Nos hemos visto así reducidos a la enajenación que Marx denunció, donde el sujeto “hace de su actividad vital, de su esencia, un simple medio para su existencia”. Es así únicamente para seguir subsistiendo que nuestro ser se ha desplegado en la forma tan particular en que lo ha hecho durante la pandemia, quizás cubriéndose, confinándose, aislándose, angustiándose, privándose de aire libre, intensificando frenéticamente las comunicaciones en línea y permaneciendo adherido a la pantalla de la computadora.

La subordinación de lo que somos a nuestras existencias orgánicas es en Marx la experiencia propia de los trabajadores proletarizados, enajenados y explotados, que sólo pueden sobrevivir al vender su vida como fuerza de trabajo. Estos proletarios pierden su vida para preservarla, para seguir perdiéndola, como nos ha sucedido en cierto grado a nosotros en los tiempos de la pandemia, en los que renunciamos a la vida para protegerla, para continuar así renunciando a ella. Guardando las proporciones, es como si nos hubiéramos dejado proletarizar por el miedo al contagio.

La proletarización universal del género humano es desde luego anterior a la pandemia. El capitalismo avanzado explota y absorbe cada vez más aspectos de nuestras vidas, en parte gracias a los avances tecnológicos, y tiende a dejarnos exclusivamente la supervivencia orgánica. Este proceso comenzó hace muchos años, pero se intensificó y evidenció en el momento pandémico.

### **3. Subsunción y justificación**

El miedo al contagio aceleró el ritmo al que nos replegamos ante el capital victorioso. Grandes empresas tecnológicas, tales como *Google*, *eBay* o *Uber*, han avanzado como nunca antes en su movimiento de subsunción, privatización, mercantilización y rentabilización de amplias esferas de nuestras vidas que anteriormente eran públicas y gratuitas: dejamos de ir a la biblioteca para comprar libros en *Amazon*; hoy *Zoom* acoge la reunión que ocurría en el parque o la clase que se realizaba en el anfiteatro de una universidad pública. Antes caminábamos por la calle para ir a cenar, mientras que ahora *Uber Eats* nos trae la comida a casa. Nosotros perdemos la presencia del otro, su mirada y su contacto, el juego social de gestos y movimientos, el encuentro imprevisto y la compleja experiencia de compartir espacios, mientras que el capital sólo gana muchos dólares.

Como siempre ocurre en el capitalismo, algo tan pobre e inerte como el dinero, pura cantidad sin cualidad, es lo que se ha obtenido a costa de toda la riqueza cualitativa de la vida. Además, esta riqueza era nuestra, mientras que el dinero es ahora de empresas, como *Uber*, *Amazon* y *Zoom*, que han avanzado a expensas de nosotros. Quizás las empresas retrocedan un poco tras la pandemia, pero es difícil imaginar que estén dispuestas a ceder todo el terreno que han conquistado y que regresen a sus posiciones de 2019.

Lo más probable es que el coronavirus nos haga perder importantes partes de nuestra vida que nunca más recobramos. Las habremos perdido por miedo. Es por miedo que se las habremos dado al capital, como se las habríamos dado a cualquier amo al dejarnos doblegar por “el miedo a la muerte, el amo absoluto”, como en la dialéctica hegeliana del amo y del esclavo. Al igual que en esta dialéctica, la sumisión primordial es por la supervivencia y ante lo que puede impedirla.

El riesgo real de muerte por coronavirus es ahora la justificación del capital, su razón de fuerza mayor, *el poder de su poder*. Es el verdadero poder que nos ha subyugado. Este poder ha sido el usurpado por las empresas tecnológicas, farmacéuticas y otras. El capital ha usado el poder mortífero de la pandemia, lo ha aprovechado no exactamente para proteger nuestras vidas, sino más bien para apoderarse de ellas, explotarlas, devorarlas y sólo dejarnos a nosotros nuestra pobre supervivencia. Esta supervivencia es lo que el capital protege con sus vacunas y con su comercio en línea, pero lo protege para quedarse con lo demás, con aquello que vivimos, aquello por lo que una vida es digna de ser vivida.

#### **4. Desvinculación y desmovilización**

Nuestra vida incluye nuestras movilizaciones sociales. Estas movilizaciones alcanzaron su punto culminante justo antes de la pandemia. En el año de 2019, uno de los más agitados en el último siglo, fueron millones los que se movilaron en varios lugares del mundo: en innumerables puntos, cada viernes, contra la devastación del planeta; en Moscú, Hong Kong y Barcelona contra el autoritarismo y la represión; en Praga, Cairo, Bagdad, Yakarta y Puerto Príncipe contra la corrupción gubernamental; en Colombia contra la crisis económica, la corrupción y el asesinato de activistas de derechos humanos; en Francia y Ecuador contra la austeridad neoliberal; en Chile contra el neoliberalismo, contra la mercantilización de los servicios de transporte, salud y educación, y contra la represión policial y la violencia sexual.

Las movilizaciones multitudinarias de 2019 nos hicieron sentir que algo trascendente estaba a punto de ocurrir, que todo habría de transformarse de un momento a

otro, pero entonces de pronto apareció el coronavirus y se propagó por todo el mundo. El primer efecto fue el distanciamiento social, el confinamiento individual y el aislamiento de cada uno en su esfera privada. Esta desvinculación entre los sujetos representó por sí misma diversos triunfos para el frente ideológico del individualismo capitalista neoliberal: un avance de lo privado a costa de lo público, un reforzamiento del temor hacia lo colectivo, una agudización de la desconfianza entre los individuos y una pulverización *a priori* de cualquier posible multitud movilizada.

La desvinculación entre los sujetos fue reforzada por los gobiernos y sus medidas para proteger a la población. Sin embargo, con o sin prohibiciones gubernamentales de manifestación pública, el miedo al contagio se convirtió en un miedo a la muerte que nos alejó a unos de otros y nos paralizó, nos desmovilizó, hizo que dejáramos de luchar. Nos redujo así a la posición de cualquier esclavo hegeliano u otro: la posición de quien deja de luchar para preservarse a sí mismo, no queriendo arriesgar su vida para conseguir aquello por lo que lucha, prefiriendo no ganar su libertad o su autoconciencia que perder la vida misma.

Nuestra opción de esclavos resulta comprensible. No tendremos nada si perdemos la vida. Mejor preservar la vida que alcanzar una forma de libertad en Hong Kong o Barcelona, cierto bienestar en Francia o Ecuador, la salud y la educación en Chile o cualquier otra cosa por la que se haya luchado en 2019. Por más importantes que fueran los motivos de lucha, no se trataba sino de partes o aspectos de una vida que puede perderse por completo al exponerla al contagio de coronavirus en una protesta multitudinaria.

¿Cómo no entender a quien elige la vida en lugar de *algo de la vida*? Su elección parece la más razonable. Obedece a un cálculo bastante lógico. Lo que tal vez debiera sorprendernos es que realicemos un cálculo semejante en la esfera de la vida y de nuestros ideales colectivos. ¿Acaso no hay en esta esfera una infinitud que parece resistir a nuestros cálculos?

¿Cómo calcular una libertad o cualquier otro ideal que trascienda la finitud de nuestra vida? Y la vida misma, ¿cómo calcularla cuando la consideramos eterna o ilimitada en su brevedad? ¿Cómo calcular algo infinito como la vida o como aquello por lo que luchamos?

En realidad, si optamos hoy en día por vivir en lugar de luchar por nuestra libertad, es porque de algún modo ya estamos calculando el infinito de nuestra vida o de nuestros ideales. Es algo que hacemos desde que estamos en el capitalismo, como nos lo ha mostrado Jacques Lacan al examinar un ejemplo histórico de este cálculo, el de la famosa

apuesta de Pascal por la que optamos por creer en Dios, pues al creer tenemos menos que perder, nuestra miserable existencia mortal, y más que ganar, “una infinidad de vida infinitamente feliz”. Quizás este cálculo nos parezca de una mezquindad intolerable, pero es la mezquindad que reina en el capitalismo, la misma que nos hace calcular que nos conviene confinarnos al tener más que ganar, una vida tal vez no tan miserable, y menos que perder, la realización de unos ideales colectivos que ni siquiera podremos disfrutar individualmente si morimos de coronavirus.

## **5. Exclusión y explotación**

Lo cierto es que el miedo a la muerte no hace que renunciemos para siempre a la realización de nuestros ideales colectivos. No se trata de que abandonemos definitivamente nuestras luchas, sino tan sólo que las pospongamos para después de la pandemia. De lo que se trata, en otras palabras, es que seamos pacientes y que esperemos hasta poder volver a llenar las calles sin poner en riesgo nuestras vidas.

El problema es que la espera tiene consecuencias. Mientras esperamos, dejamos atrás una coyuntura histórica única e irrepetible. Desaparecen al menos algunas de las circunstancias que fueron favorables a nuestra gran ola de movilizaciones en todo el mundo. Este mundo continúa transformándose, pero por sí mismo, sin que nosotros intervengamos.

El tiempo de nuestra espera es un tiempo en el que nos excluimos de la transformación del mundo. Es un tiempo en el que perdemos el terreno que habíamos ganado. Nos retraemos al esperar, pero el espacio que dejamos tras de nosotros no se queda vacío, pues el capital no espera, no descansa, como lo hemos comprobado en la rápida expansión de las empresas tecnológicas, así como en el funcionamiento imperturbable de amplios sectores de la economía con el trabajo de empleados a los que no se les pide esperar, a los que no se les deja de explotar.

Los grandes centros industriales y comerciales pueden permanecer llenos, pero las calles y las plazas tienen que vaciarse. No tenemos derecho de exponernos y exponer a otros al protestar contra el capitalismo, pero debemos continuar exponiéndonos al trabajar para el mismo capitalismo. El sistema capitalista no puede esperar como nosotros. Debe seguir explotándonos a cada instante.

El capital no deja de funcionar y avanzar, tan impaciente y apresuradamente como siempre, mientras nosotros esperamos con la inagotable paciencia que se nos está pidiendo. Conocemos bien esta paciencia. Es la que siempre se nos ha pedido. Es la misma con la

que debimos esperar en vano que muchos políticos ganadores cumplieran sus promesas de campaña, que los gobiernos efectuaran por sí mismos lo que se les demandaba en las calles o que el neoliberalismo terminara enriqueciendo a toda la sociedad sin necesidad alguna de políticas redistributivas.

¿Cómo no entender que las personas desconfíen de quienes les piden una vez más que esperen pacientemente? Esta petición ha terminado por ser demasiado sospechosa. Aunque las sospechas revistan ahora la forma de un conspiracionismo delirante afín a la paranoia ultraderechista, no dejan de revelar una verdad, una verdad que no puede ni debe negarse, que es el descrédito acumulado por los gobiernos después de medio siglo de neoliberalismo en el que se han limitado a defender obscenamente los intereses del capital.

Es por el capital que los neoliberales nos han pedido insistentemente ser pacientes y esperar. El tiempo que nos han pedido es para el capital. Pidiéndonos más tiempo, tan sólo nos han pedido que permitamos que el capital nos explote más tiempo. También han apostado seguramente a que nos acostumbremos a la explotación y se nos olvide que podríamos no ser explotados como lo somos. El olvido y la costumbre nos convertirían en otros sujetos diferentes de los que somos, en sujetos más obedientes, más sumisos, más abnegados, más comprensivos ante la voracidad capitalista. Nos iríamos convirtiendo en otros mientras esperamos pacientemente.

## **7. Procrastinación y subjetivación**

La petición de la espera paciente ha buscado promover un tipo de subjetivación acorde con el sometimiento a un poder absoluto como el del capitalismo. El capital requiere a sujetos que obedezcan la temporalidad neurótica de la procrastinación, que no tengan dificultades para esperar, para posponer indefinidamente su liberación, proyectándola en un espejismo que no deja de retroceder, que siempre se encuentra en el horizonte, ya sea en el fin del confinamiento o simplemente en el fin de la jornada laboral, en el fin de semana, en las vacaciones, en el año sabático, en la jubilación o incluso en un colapso inminente del capitalismo que ya se retrasó demasiado tiempo.

Esperando mientras obedecen, los sujetos ideales del capitalismo son los perfectos neuróticos de la modernidad, los más normales de los normales, a los que habría que llamar quizás “*normóticos*” por su padecimiento de la normalidad. Estos sujetos son los que esperan “la muerte del amo”, como diría Lacan. Son los que trabajan y consumen sin parar mientras esperan el momento de ser libres y vivir, el momento de recobrar la vida que deben entregar diariamente al capital para que sea explotada como fuerza de trabajo y de

consumo, es decir, como fuerza de producción y realización de la plusvalía de la que se alimenta el capital.

El sujeto perfecto para el capitalismo es el que se deja explotar cotidianamente sin rechistar, sin protestar, sin luchar contra su explotación, prefiriendo consolarse con el espejismo que lo espera al final del camino. Lo que hay al final, tras el espejismo, es por supuesto el abismo, la muerte no sólo individual, sino del género humano y del planeta en que habita, pues el capitalismo está devastándolo y consumiéndolo todo a una velocidad vertiginosa. En el último medio siglo, mientras los gobernantes neoliberales nos pedían que esperásemos el enriquecimiento de la sociedad, el sistema capitalista ya acabó con la mitad de poblaciones de animales del planeta. El capital devoró así la mitad de la vida, siempre con el apoyo invaluable de nosotros, mientras nosotros esperábamos pacientemente el momento de vivir.

La gran paradoja, tanto en el nivel individual como en el colectivo, es que estamos dejando el momento de vivir para el momento de morir. Finalmente, en el horizonte hacia el que avanzamos, no quedará nada de lo que estamos esperando con la mayor paciencia. Y mientras esperamos vivir, estamos de algún modo ya muertos, como bien lo ha señalado Lacan. Lo único seguro es que el capital está viviendo a costa y a través de nosotros, poseyendo y explotando nuestras vidas, para ir matando todo lo vivo en este mundo, transmutándolo en más y más dinero muerto.

## **8. Distracción y reconciliación**

La muerte avanza mientras esperamos vivir. Mientras esperamos la muerte del amo para vivir, el amo está utilizando la fuerza de nuestra vida, nuestra fuerza de trabajo y de consumo, para matarlo todo a nuestro alrededor. Sigue haciéndolo mientras nosotros, por temor a la muerte por coronavirus, posponemos nuestras luchas y a veces gozamos del privilegio de confinarnos, encerrándonos a morir lentamente de nuestra “muerte natural”.

El capital no se ha detenido ni diferido en los tiempos pandémicos. Nuestros diversos trabajos del capital, en los que el capital explota nuestra fuerza de trabajo, tampoco se han interrumpido y aplazado a causa de la pandemia. Lo que se detuvo y se pospuso fue una gran parte de lo que nos quedaba de vida, como aquello tan intensamente vital que se agitaba en las grandes movilizaciones de 2019.

Lo que dejamos para después fue una vez más nuestra vida y nuestra lucha en sus diversas expresiones, entre ellas la de los viernes por el planeta. Hemos postergado salvar el planeta, como si no fuera urgente, como si no fuera tan urgente como destruirlo, que es lo

que hacemos día tras día con los trabajos y consumos que nos impone el capitalismo. Esta destrucción es algo que no dejamos de hacer, pero en lo que no pensamos, como si fuera algo tan inevitable que no tuviera sentido pensar en ello, como si fuera tan cotidiano que pasara desapercibido, como si no fuera lo importante, como si lo único importante fuera ahora la pandemia.

El coronavirus aparece ahora como lo importante y así nos distrae de lo verdaderamente importante, lo que sí está poniendo en riesgo la subsistencia de la humanidad, que es la devastación del planeta por el capitalismo con sus niveles de producción y de consumo (Pavón-Cuéllar, 2021). Esta devastación, que avanza implacable, socava nuestras condiciones de subsistencia, nos roba el suelo bajo nuestros pies y compromete cualquier futuro posible. Ante el abismo al que nos arrastra el capitalismo, el coronavirus constituye efectivamente una cortina de humo, lo que también se ha presentado en los delirios paranoicos de la extrema derecha.

Ciertamente los ultraderechistas se equivocan al imaginar que el coronavirus ha sido una invención deliberada para distraernos, pero aciertan al suponer que nos está distraendo. También tienen razón al desconfiar del consenso generalizado con respecto a la pandemia. Este consenso parece haber dado una tregua a nuestra lucha de clases, reconciliándonos con los gobiernos e incluso con el capitalismo al que sirven, pues todos estamos de acuerdo en que debemos superar nuestras diferencias y estar unidos contra el virus.

## **9. Despolitización y desobjetivación**

Aparentemente no importa que la pandemia esté matando más a los obreros que a los profesionistas, más a los pobres que a los ricos, más a los negros que a los blancos. Tampoco parece tener importancia que los europeos y los estadounidenses acaparen las primeras vacunas y que dejen a los africanos al final de la fila. De pronto nos imaginamos que todos somos iguales, que estamos unidos, que debemos luchar juntos contra la pandemia, como si se tratara de una invasión extraterrestre por la que superaríamos nuestras diferencias raciales, nacionales y de clase.

Emulando los discursos de los héroes de las películas apocalípticas hollywoodenses, políticos, funcionarios y opinólogos han insistido en que debemos permanecer unidos y no politizar la pandemia. Nos han dicho que no es un asunto político, sino una cuestión de salud y de supervivencia. Es por esto que la solución del problema se ha dejado en manos de los epidemiólogos y otros especialistas.

La racionalidad técnico-científica se ha sustituido a la política. O, mejor dicho, la política tecnocrática se ha impuesto sobre cualquier otra, pues la tecnocracia es también política, y la ciencia es también una ideología, una “ideología de la supresión del sujeto”, como bien lo observó Lacan. Hay, en efecto, una radical desobjetivación en la concepción técnico-científica de la pandemia, en la supuesta despolitización de lo que ocurre.

Huelga decir que la supuesta despolitización es un proceso político. Tan solo políticamente podemos pretender neutralizar la política. De igual modo, la supresión del sujeto y la superación de la ideología son operaciones claramente ideológicas e irremediabilmente condenadas a su disrupción por el llamado “factor subjetivo”.

El sujeto reprimido no deja de retornar sintomáticamente en la indisciplina de los ciudadanos, en sus diversos comportamientos suicidas o en las reiteradas manifestaciones de la ultraderecha contra el confinamiento en países como Argentina, España y Estados Unidos. Todo esto no debería sorprender. La sorpresa es tan sólo porque no se espera que los sujetos procedan como tales, porque no se les ve como sujetos, porque tampoco se les trata como lo que son.

Lo que se espera de los sujetos en la pandemia es que no lo sean, que sólo sean receptores de indicaciones, botones que se pulsan o mecanismos que se activan. Lo más que se espera es que funcionen como organismos biológicos y unidades estadísticas, objetos de la medicina y la epidemiología, y que no tengan absolutamente nada que decir al respecto. Se espera de los sujetos que se callen mientras se les diagnostica, se les trata y se les cura. De cualquier modo, no interesa escucharlos, sino sólo observarlos.

## **10. A modo de conclusión**

¿Qué nos observa cuando la ciencia nos observa? Siempre hay un sujeto del otro lado. Siempre hay un poder que busca valerse del saber científico para dominarnos.

El poder nos observa con los ojos de la ciencia. La observación científica es correlativa de la dominación política, pero también, por lo mismo, de la explotación económica y de los demás procesos analizados en este artículo. Todos ellos tratan con un sujeto que al menos en parte ya no es tal, sino un objeto como el de la ciencia.

El sujeto desobjetivado y supuestamente despolitizado es el explotado como objeto, como recurso humano económico, y excluido como sujeto político. Es el intimidado y proletarizado, el reducido a no ser más que fuerza de trabajo del capital, el subsumido en el capitalismo y utilizado para justificar al capital. Es el objeto desvinculado y desmovilizado

que no puede vincularse y movilizarse para subjetivarse a su modo, con unos y contra otros, que es el único modo posible para ser de verdad un sujeto.

En lugar de ser el sujeto que ya era desde un principio, el objeto debe pretender subjetivarse como se necesita que lo haga, como alguien distraído y reconciliado con el capitalismo, como alguien resignado y adaptado, como un tipo de neurótico o normótico dedicado a procrastinar su liberación. Este objeto pretendidamente subjetivado es lo que permite mantener la ficción de la subjetividad ahí donde el sujeto ha sido efectivamente objetivado. Afortunadamente, ahí no es toda la esfera subjetiva, sino sólo una parte de ella, la que cede, la que no resiste.

## Referencias

- Hegel, G. W. F. (1941). *Phénoménologie de l'Esprit*. Aubier.
- Lacan, J. (1998). *Le séminaire. Livre I. Les écrits techniques de Freud*. Seuil.
- Lacan, J. (1999). *Fonction et champ de la parole et du langage*. En *Écrits I* (pp. 235-321). Seuil.
- Lacan, J. (2001). Radiophonie. En *Autres écrits* (pp. 403-447). Seuil.
- Lacan, J. (2006). *Le séminaire. Livre XVI. D'un Autre à l'autre*. Seuil.
- Marx, K. (1997). *Manuscritos: economía y filosofía*. Alianza.
- Marx, K. (2008). *El capital I*. FCE,.
- Pascal (1976). *Pensées*. Garnier-Flammarion.
- Pavón-Cuellar, D. (2021). *Virus del capital*. La Docta Ignorancia.